Setiembre del ´55

El golpe de 1955, llamado "la Revolución Libertadora", que derrocó a Perón es uno de esos recuerdos imborrables de mi infancia en Córdoba. Veinte años después, cuando ya vivía en Buenos Aires y en un momento de violencia y represión militar y policial previa al golpe de Estado del '76, escribí *Aquella visita,* un cuento en el que rememoré, como se suele hacer cuando se escribe –casi como una revelación–, los días que había vivido a mediados de setiembre de 1955. Fueron saliendo como fogonazos ciertos registros mínimos de esa experiencia de miedo y terror. Reaparecieron el ruido de las metrallas, las bombas, el vuelo rasante de los aviones, la actitud de mis padres, lo que decían por la radio y comentaban los mayores. En el cuento toda esa experiencia fue tomando, por cierto, forma de narración y se acomodó a las exigencias del relato. Pero la situación que se vivía en el país hacia 1975 era sin duda lo que más me preocupaba. Por eso *Aquella visita* tiene su punto de enunciación en ese momento y, ante el enigma de esos años violentos en que la inminencia del genocidio de los militares era ya percibible, imaginé una historia mínima en clave casi fantástica –que enmarca a la otra– envuelta en un clima de amenazante destrucción y perplejidades sobre el futuro próximo. Fue un momento de incertidumbre, de impotencia y de mucho miedo. Pienso ahora que escribir sobre hechos del pasado (históricos, diríamos) surge como un modo de entender –tal vez por analogía– el tiempo presente. No había en mí ningún interés por transitar el género llamado relato o novela histórica, que tan de moda está en estos momentos. Escribí, repito, *Aquella visita* por esas dramáticas motivaciones, que hoy son ya parte de nuestra "historia".

DAMASO MARTINEZ



Presentación de C. D. M.

Aquella visita

Por Carlos Dámaso Martínez

"Vivo la muerte. A los cinco años me acechaba; por la noche andaba por el balcón, pegaba el hocico a los vidrios, yo la veía pero no me atrevía a decir nada."
Jean Paul Sartre

Desde muy temprano, como un fantasma, como una sombra andando por la pieza. En el espejo del baño reventándose un granito, o lavándose los dientes para sacarse el gusto a podrido de la boca. Y su cara cada vez más ajena, más muerta que iluminada por algún gesto elocuente.

Después del último comprimido se ha puesto resignado y se ha metido en la cama. En la mesita de luz, en el cajón, ahí, tan al alcance de la mano, lo que guarda desde hace algunos días envuelto en un pañuelo sucio, gris.

"Debo aprender a vivir así", se repite y no puede, no puede dormirse, entonces hurga en el cajón de la mesita y lo toca, lo acaricia suavemente y lo saca. Palmo a palmo va sintiendo esas líneas inconfundibles, va penetrando en los pliegues de una ceremonia inevitable.

El juego de levantar las manos aferradas al envoltorio gris es ya un juego sin emoción, y eso lo hace sentirse peor, porque es consciente de que no va a animarse a desenvolverlo y hacer de una vez por todas lo que tiene pensado, lo que quisiera hacer. Es más fuerte el deseo de postergarse, de dejarse estar un rato más.

Después, nuevamente ese bulto humedecido por el sudor de sus manos adentro del cajón de la mesita, y sus ojos clavados en la foto de Dardo, de Dardo con el traje de la primera comunión.

◆◆◆

Te habían hecho una torta inmensa con un rancho encima todo de chocolate; me acuerdo que comimos como tres días hasta que quedó sólo una porción para el tío, que estaba trabajando en el observatorio y no podía venir porque afuera retumbaban las balas, al principio tan lejos y después cada vez más cerca. Era la guerra. Una guerra que empezamos a mirar desde la puerta del pasillo y recién comenzaba. Habíamos visto asombrados esos camiones con la cruz roja pasando a todo lo que da, uno detrás del otro, como una caravana enloquecida. El solo hecho de saber que iban soldados heridos o muertos nos ponía la piel de gallina; y pensar que algunos vecinos miraban como si estuvieran contentos, como si la guerra fuese una cosa divertida. Para col-



Aquella visita

Por Carlos Dámaso Martínez

"Vivo la muerte. A los cinco años me acechaba; por la noche andaba por el balcón, pegaba el hocico a los vidrios, yo la veía pero no me atrevía a decir nada."
Jean Paul Sartre

Desde muy temprano, como un fantasma, como una sombra andando por la pieza. En el espejo del baño reventándose un granito, o lavándose los dientes para sacarse el gusto a podrido de la boca. Y su cara cada vez más ajena, más muerta que iluminada por algún gesto elocuente.

Después del último comprimido se ha puesto resignado y se ha metido en la cama. En la mesita de luz, en el cajón, ahí, tan al alcance de la mano, lo que guarda desde hace algunos días envuelto en un pañuelo sucio, gris.

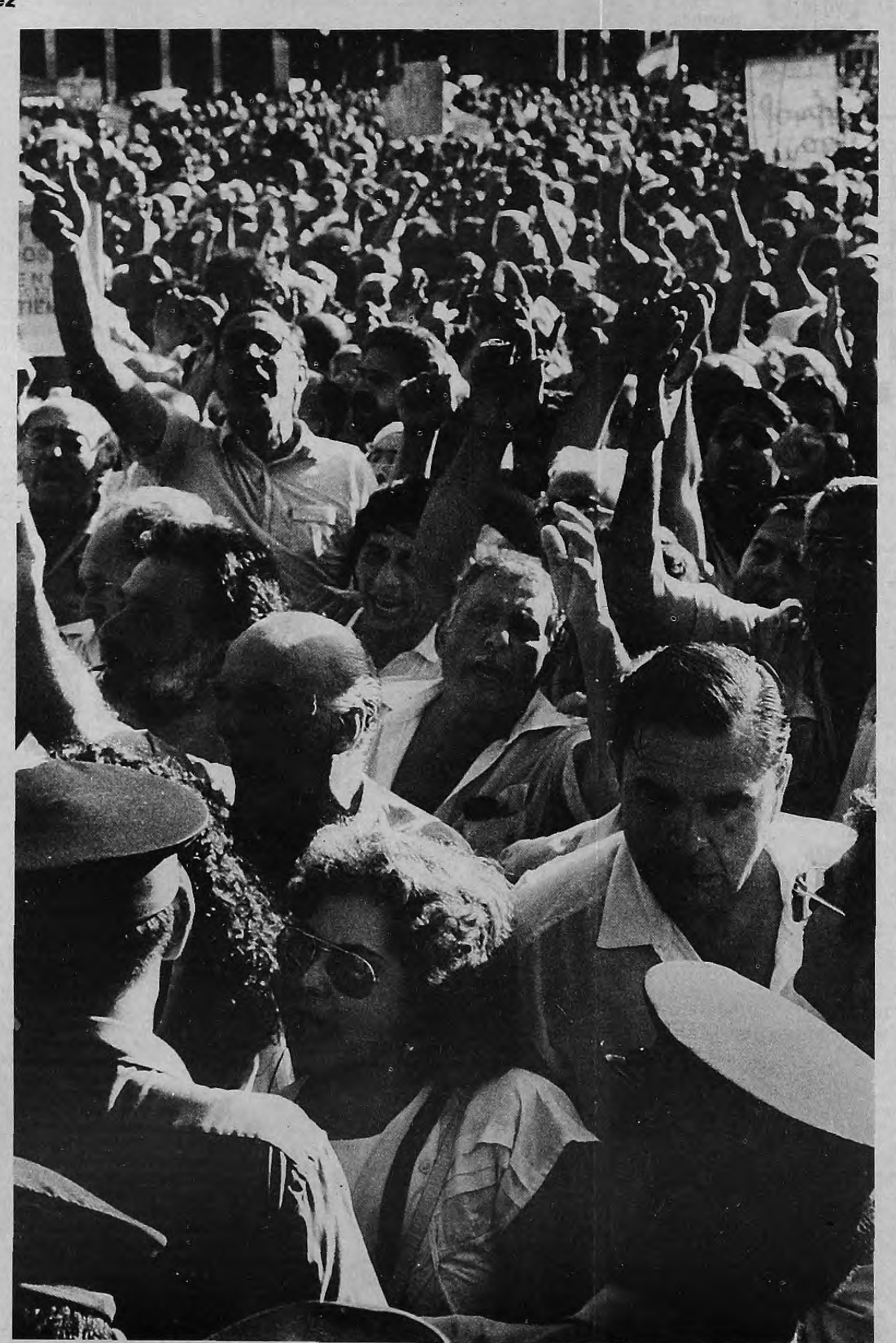
"Debo aprender a vivir así", se repite y no puede, no puede dormirse, entonces hurga en el cajón de la mesita y lo toca, lo acaricia suavemente y lo saca. Palmo a palmo va sintiendo esas líneas inconfundibles, va penetrando en los pliegues de una ceremonia inevitable.

El juego de levantar las manos aferradas al envoltorio gris es ya un juego sin emoción, y eso lo hace sentirse peor, porque es consciente de que no va a animarse a desenvolverlo y hacer de una vez por todas lo que tiene pensado, lo que quisiera hacer. Es más fuerte el deseo de postergarse, de dejarse estar un rato más.

Después, nuevamente ese bulto humedecido por el sudor de sus manos adentro del cajón de la mesita, y sus ojos clavados en la foto de Dardo, de Dardo con el traje de la primera comunión.

◆◆◆

Te habían hecho una torta inmensa con un rancho encima todo de chocolate; me acuerdo que comimos como tres días hasta que quedó sólo una porción para el tío, que estaba trabajando en el observatorio y no podía venir porque afuera retumbaban las balas, al principio tan lejos y después cada vez más cerca. Era la guerra. Una guerra que empezamos a mirar desde la puerta del pasillo y recién comenzaba. Habíamos visto asombrados esos camiones con la cruz roja pasando a todo lo que da, uno detrás del otro, como una caravana enloquecida. El solo hecho de saber que iban soldados heridos o muertos nos ponía la piel de gallina; y pensar que algunos vecinos miraban como si estuvieran contentos, como si la guerra fuese una cosa divertida. Para colmo todo empezó justo el día de tu cumpleaños, ese dieciséis de setiembre nublado y tormentoso, y lo tuvimos que festejar solos, metidos adentro todo el día, corriendo a escondernos bajo las camas cada vez que pasaban los aviones y sentíamos ese bramido que parecía que se nos caía el techo: y nosotros que nos tapábamos los oídos para vencerlo. Después, la noche y todos a la pieza de mamá; la oscuridad y papá siempre despierto, sobresaltado, con la radio sobre la mesita de luz.



Hasta que todo arda, Carlos Dámasco Mártinez (Puntosur, 1989).

◆◆◆

Alguien sube ahora por la escalera o es sólo una impresión; un ruido confuso que hay que esperar nuevamente para ver si alguien sube de verdad. De ser así muy pronto abrirá la puerta y después, desde su cama, esperará a ver la figura que avanza, los pasos resonando sobre el parquet. Ahora es una mano la que aprieta el picaporte, la que empuja y entra. Quizás una mano blanca y muy larga. Esteban intuye que esta vez no se equivoca y sus párpados cerrados contra la almohada no pueden ser ningún obstáculo.

Una mano, un vestido... por culpa del silencio esas pisadas se escuchan más nítidas, tan cerca. Entran y atraviesan el living, se detienen en la cocina y encienden y apagan luces. Luego avanza, se para en el primer dormitorio: viene un ruido contenido de cajones que se abren y se cierran. Pero los pasos salen nuevamente al pasillo y finalmente están cerca, muy cerca. Entonces Esteban piensa que es mejor esperar con los ojos cerrados, metido adentro de la cama, cubierto hasta la cabeza con las mantas. Mejor así, se dice, algo agitado, como si su voz le viniera desde una zona muy profunda.

◆◆◆

Y todo había empezado de repente, un comunicado en la radio, un primer bando, y otro y otro. El toque de queda. El to-que-de-que-da, palabras nuevas, cosas nuevas que veíamos con asombro, con temor. La oscuridad. Todos en casa. Papá contando que se había salvado por milagro. Salvado de qué. Papá estaba con los leales porque se había salvado de que lo balearan los rebeldes. "Cargué nafta y a las dos cuadras escuché las ametralladoras: para colmo yo andaba todavía en el Chevrolet del Ministerio..." *Papá estaba a medias con los leales, era del otro bando. Eso lo entendimos mucho después. Y vos, Dardo, cumplías años. Estabas tan muerto de miedo como yo y no comprendíamos qué estaba pasando: le-a-les y re-bel-des. Aunque a mí me parecía que tenían que ganar los leales. Sonaba lindo: le-a-les.*

◆◆◆

Y alguien ha entrado. Esteban juega a verlo en una silla, de espaldas a la cómoda, reflejando su reverso en el espejo. Está ahí y siente que puede estar también en muchos cuartos a la vez. Sin embargo, le cuesta vencer esa oscuridad que se abre detrás de sus párpados: es tan difícil romper esa quietud. Y la duda lo gana prontamente: ¿De qué manera hacer algo? Se da vuelta, se acurruca como si pudiera protegerse a sí mismo. Mamá entonces está por ahí, anda limpiando los muebles en el living; y en la cocina, en la radio: Tarzán. El rey-de-la-sel-va. Tarzán.

◆◆◆

Había que tomar Toddy para ser fuertes como él... Y yo que creía en esas cosas y tal vez por eso le gané una vez boxeando al rusito de la mercería de la vuelta, aunque nunca fui bueno para pelear; tenía miedo, mucho miedo, sabés. Y después siempre tuve miedo; no sé por qué me acuerdo de que al fin el tío pudo venir del observatorio y estuvimos todos juntos en el comedor mientras él comía lentamente su pedazo de rancho, esa torta maravillosa, y afuera comenzaba el toque de queda.

Al otro día la guerra continuaba, pero allá donde estaba ese general Lucero que tanto nombraban por la radio. Era una mañana tranquila, el cielo estaba limpio y el sol empezaba a calentar. Después vino todo eso. No recuerdo bien para qué mi madre me había mandado a la calle; creo que fue porque en esos días se había juntado mucha ropa sucia y como la lavandera no había aparecido debía ir a buscarla. Y en la calle apareció el gloster, un avión chiquito, brincador; y después, por el otro costado, lento, pesado, un avrolincoln, hasta que en el medio del cielo se rozaron en un tronar de motores y metrallas. Y yo ahí, parado, duro, muerto de miedo por un instante, hasta que empecé a correr por el medio de la vereda y me metí en un almacén que no había alcanzado a cerrar la puerta. Y luego, Dardo, esa penumbra donde nadie hablaba, donde sólo se sentía un lloriqueo y alguien que rezaba un Padrenuestro. Poco a poco me fui dando cuenta de que la cosa no era con nosotros; era entre ellos, allá arriba; y no nos tirarían bombas, como había gritado una mujer en la calle. Entonces me sentí seguro, y envalentonado salí, justo para ver cómo el gloster disparaba y en el cielo se dibujaba como líneas de puntos su metralla. No sé cuál de los dos venció, pero sé que mucho después todos decían que había sido una batalla inolvidable. Y yo que había ido a buscar a la lavandera. Te das cuenta.

Recuerdo que otra mañana llena de sol comenzaron los festejos. La guerra concluía. Casi todos estaban en las puertas de sus casas y cuchicheaban. Los estudiantes de la pensión de al lado iban y venían con ametralladoras y máuseres. Linda palabra, máu-ser. Al frente unas vecinas se besaban con dos militares que repartían chocolates, largos paquetes de chocolates. Alguien decía que los soldados comen chocolate durante la guerra porque les da fuerza. Y nosotros que tomábamos Toddy para ser fuertes como Tarzán.

◆◆◆

Y el intruso ahora ahí. Por qué de una vez por todas no levanta las colchas y lo enfrenta. Intenta hacerlo pero se queda mirando a través de las sábanas. Apenas si alcanza a vislumbrar la luz del velador. Hay un sopor que lo detiene. Sin embargo, hace un esfuerzo y se destapa y se queda sentado sobre la cama. Mira hacia la cómoda pero no ve, no puede ver más allá de su imagen en el espejo. Es consciente de que sólo está fingiendo no ver: deliberadamente ha esquivado detenerse sobre la silla que está entre la cama y el espejo; se refugia entonces en las paredes de la pieza, en los objetos que lo rodean. Dardo con el traje de primera comunión. La fiesta en la casa nueva. Dardo elegante. Dardo de pantalón largo. La manta de vicuña. La manta de papá. Papá diciendo que al Pocho le llegó la hora y si no fuera porque tiene dos hijos ya estaría en la calle con un máuser en la mano. Y la radio en su sitio nuevamente, en el comedor, cada uno en su pieza; y la radio con marchas triunfantes. Y lejos, muy lejos, en una cañonera un general entumecido, derrotado. Y la noche, la noche y sus constelaciones entrando por la ventana.

Vuelve al espejo sin aliento y esta vez le sale al cruce una sombra. No hay miedo, todo se disipa. Hay un rostro blanco, una mirada ausente escrutándolo. Esteban comprende que es el momento de llevar a cabo una decisión tantas veces postergada. Es el momento, se repite y estira la mano hacia la mesita de luz; saca el pañuelo y lo abre sobre sus piernas. Permanece sentado mirando fijamente hacia la silla y descubre, en el espejo, al costado de aquella visita, su propio rostro con una mueca tal vez burlona, tal vez de rabia; y más abajo, todo lo que se ve de su cuerpo sobre la cama; y también, su mano derecha que se eleva despaciosamente empuñando un revólver de plástico azul, que apunta y dispara.

◆◆◆

(1975) ■



mo todo empezó justo el día de tu cumpleaños, ese dieciséis de setiembre nublado y tormentoso, y lo tuvimos que festejar solos, metidos adentro todo el día, corriendo a escondernos bajo las camas cada vez que pasaban los aviones y sentíamos ese bramido que parecía que se nos caía el techo: y nosotros que nos tapábamos los oídos para vencerlo. Después, la noche y todos a la pieza de mamá; la oscuridad y papá siempre despierto, sobresaltado, con la radio sobre la mesita de luz.

◆◆◆

Alguien sube ahora por la escalera o es sólo una impresión; un ruido confuso que hay que esperar nuevamente para ver si alguien sube de verdad. De ser así muy pronto abrirá la puerta y después, desde su cama, esperará a ver la figura que avanza, los pasos resonando sobre el parquet. Ahora es una mano la que aprieta el picaporte, la que empuja y entra. Quizás una mano blanca y muy larga. Esteban intuye que esta vez no se equivoca y sus párpados cerrados contra la almohada no pueden ser ningún obstáculo.

Una mano, un vestido... por culpa del silencio esas pisadas se escuchan más nítidas, tan cerca. Entran y atraviesan el living, se detienen en la cocina y encienden y apagan luces. Luego avanza, se para en el primer dormitorio: viene un ruido contenido de cajones que se abren y se cierran. Pero los pasos salen nuevamente al pasillo y finalmente están cerca, muy cerca. Entonces Esteban piensa que es mejor esperar con los ojos cerrados, metido adentro de la cama, cubierto hasta la cabeza con las mantas. Mejor así, se dice, algo agitado, como si su voz le viniera desde una zona muy profunda.

◆◆◆

Y todo había empezado de repente, un comunicado en la radio, un primer bando, y otro y otro. El toque de queda. El to-que-de-que-da, palabras nuevas, cosas nuevas que veíamos con asombro, con temor. La oscuridad. Todos en casa. Papá contando que se había salvado por milagro. Salvado de qué. Papá estaba con los leales porque se había salvado de que lo balearan los rebeldes. "Cargué nafta y a las dos cuadras escuché las ametralladoras: para colmo yo andaba todavía en el Chevrolet del Ministerio..." *Papá estaba a medias con los leales, era del otro bando. Eso lo entendimos mucho después. Y vos, Dardo, cumplías años. Estabas tan muerto de miedo como yo y no comprendíamos qué estaba pasando: le-a-les y re-bel-des. Aunque a mí me parecía que tenían que ganar los leales. Sonaba lindo: le-a-les.*

◆◆◆

Y alguien ha entrado. Esteban juega a verlo en una silla, de espaldas a la cómoda, reflejando su reverso en el espejo. Está ahí y siente que puede estar también en muchos cuartos a la vez. Sin embargo, le cuesta vencer esa oscuridad que se abre detrás de sus párpados: es tan difícil romper esa quietud. Y la duda lo gana prontamente: ¿De qué manera hacer algo? Se da vuelta, se acurruca como si pudiera protegerse a sí mismo. Mamá entonces está por ahí, anda limpiando los muebles en el living; y en la cocina, en la radio: Tarzán. El rey-de-la-sel-va. Tarzán.

◆◆◆

Había que tomar Toddy para ser fuertes como él... Y yo que creía en esas cosas y tal vez por eso le gané una vez boxeando al rusito de la mercería de la vuelta, aunque nunca fui bueno para pelear; tenía miedo, mucho miedo, sabés. Y después siempre tuve miedo; no sé por qué me acuerdo de que al fin el tío pudo venir del observatorio y estuvimos todos juntos en el comedor mientras él comía lentamente su pedazo de rancho, esa torta maravillosa, y afuera comenzaba el toque de queda.

Al otro día la guerra continuaba, pero allá donde estaba ese general Lucero que tanto nombraban por la radio. Era una mañana tranquila, el cielo estaba limpio y el sol empezaba a calentar. Después vino todo eso. No recuerdo bien para qué mi madre me había mandado a la calle; creo que fue porque en esos días se había juntado mucha ropa sucia y como la lavandera no había aparecido debía ir a buscarla. Y en la calle apareció el gloster, un avión chiquito, brincador; y después, por el otro costado, lento, pesado, un avrolincoln, hasta que en el medio del cielo se rozaron en un tronar de motores y metrallas. Y yo ahí, parado, duro, muerto de miedo por un instante, hasta que empecé a correr por el medio de la vereda y me metí en un almacén que no había alcanzado a cerrar la puerta. Y luego, Dardo, esa penumbra donde nadie hablaba, donde sólo se sentía un lloriqueo y alguien que rezaba un Padrenuestro. Poco a poco me fui dando cuenta de que la cosa no era con nosotros; era entre ellos, allá arriba; y no nos tirarían bombas, como había gritado una mujer en la calle. Entonces me sentí seguro, y envalentonado salí, justo para ver cómo el gloster disparaba y en el cielo se dibujaba como líneas de puntos su metralla. No sé cuál de los dos venció, pero sé que mucho después todos decían que había sido una batalla inolvidable. Y yo que había ido a buscar a la lavandera. Te das cuenta.

Recuerdo que otra mañana llena de sol comenzaron los festejos. La guerra concluía. Casi todos estaban en las puertas de sus casas y cuchicheaban. Los estudiantes de la pensión de al lado iban y venían con ametralladoras y máuseres. Linda palabra, máu-ser. Al frente unas vecinas se besaban con dos militares que repartían chocolates, largos paquetes de chocolates. Alguien decía que los soldados comen chocolate durante la guerra porque les da fuerza. Y nosotros que tomábamos Toddy para ser fuertes como Tarzán.

◆◆◆

Y el intruso ahora ahí. Por qué de una vez por todas no levanta las colchas y lo enfrenta. Intenta hacerlo pero se queda mirando a través de las sábanas. Apenas si alcanza a vislumbrar la luz del velador. Hay un sopor que lo detiene. Sin embargo, hace un esfuerzo y se destapa y se queda sentado sobre la cama. Mira hacia la cómoda pero no ve, no puede ver más allá de su imagen en el espejo. Es consciente de que sólo está fingiendo no ver: deliberadamente ha esquivado detenerse sobre la silla que está entre la cama y el espejo; se refugia entonces en las paredes de la pieza, en los objetos que lo rodean. Dardo con el traje de primera comunión. La fiesta en la casa nueva. Dardo elegante. Dardo de pantalón largo. La manta de vicuña. La manta de papá. Papá diciendo que al Pocho le llegó la hora y si no fuera porque tiene dos hijos ya estaría en la calle con un máuser en la mano. Y la radio en su sitio nuevamente, en el comedor, cada uno en su pieza; y la radio con marchas triunfantes. Y lejos, muy lejos, en una cañonera un general entumecido, derrotado. Y la noche, la noche y sus constelaciones entrando por la ventana.

Vuelve al espejo sin aliento y esta vez le sale al cruce una sombra. No hay miedo, todo se disipa. Hay un rostro blanco, una mirada ausente escrutándolo. Esteban comprende que es el momento de llevar a cabo una decisión tantas veces postergada. Es el momento, se repite y estira la mano hacia la mesita de luz; saca el pañuelo y lo abre sobre sus piernas. Permanece sentado mirando fijamente hacia la silla y descubre, en el espejo, al costado de aquella visita, su propio rostro con una mueca tal vez burlona, tal vez de rabia; y más abajo, todo lo que se ve de su cuerpo sobre la cama; y también, su mano derecha que se eleva despaciosamente empuñando un revólver de plástico azul, que apunta y dispara.

◆◆◆

(1975) ■

...asco Martínez (Puntosur, 1989).



Escaleras

Pase de un esclón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

CANTE	PINK	REYES	PICO	POLO	JOYA
JONDO	ROSA	MAGOS	CIMA	GOLF	RICO



Buscadores de imposibles

Antes los caballeros buscaban el Santo Grial. Seguramente fueron los primeros que dedicaron sus vidas a causas perdidas. Pero no los últimos. Si no, mire a estos cinco señores dando vuelta por los cinco continentes.

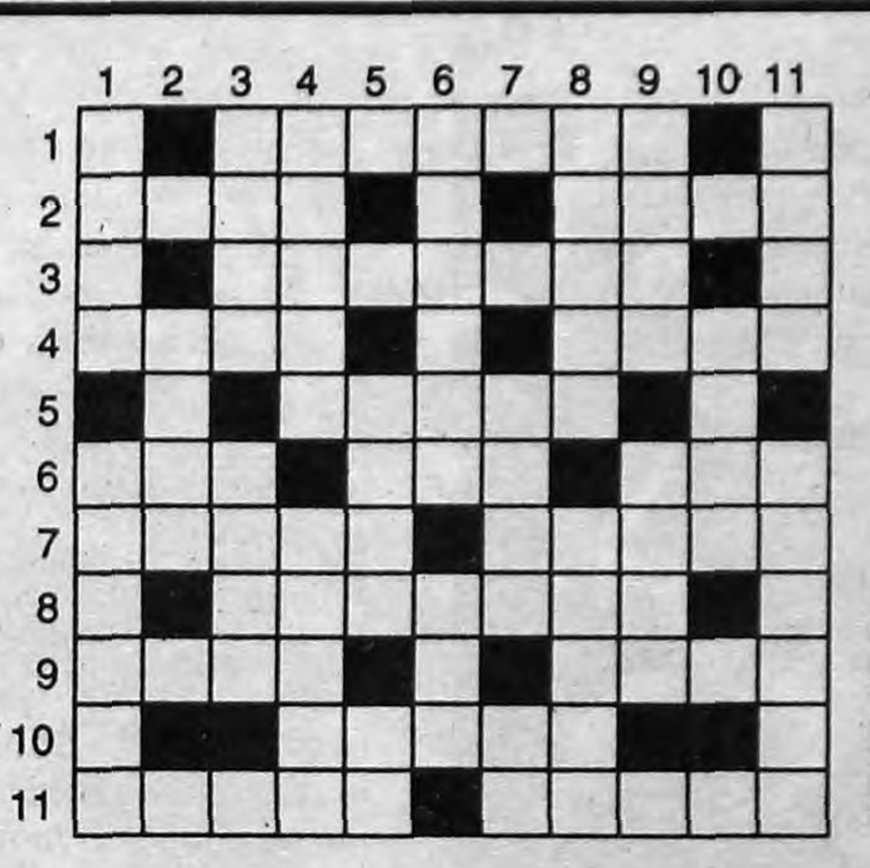
1. Eugenio lleva en su búsqueda menos tiempo que quien rastrea al unicornio.
2. Basilio hace 6 años que investiga y el que sigue los pasos de un fantasma lleva 5.
3. Demián y Eugenio (no estrictamente en este orden) realizan su búsqueda en Europa y en Oceanía, en este último caso tras los pasos de un centauro.
4. Alido (que lleva más tiempo en su propósito que Eugenio) busca un mamut y Calixto (que lleva un año más que Alido) anda dando vueltas por América.
5. El que busca un dragón lleva un año menos que el que se mueve por el continente asiático, y éste a su vez, lleva menos tiempo que Demián.

	Hace: 3 años	4 años	5 años	6 años	7 años	Busca: Centauro	Dragón	Fantasma	Mamut	Unicornio	En: Africa	América	Asia	Europa	Oceanía
Señor Alido															
Basilio															
Calixto															
Demián															
Eugenio															
En Africa															
América															
Asia															
Europa															
Oceanía															
Busca Centauro															
Dragón															
Fantasma															
Mamut															
Unicornio															

S.O.S.

Señor	Hace	Busca	En
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....
....	....	....	....

Ortodoxo



AYUDAS: ENONE, XANA

HORIZONTALES

1. Instrumento de percusión afinada.
2. Hendedura hecha en la ropa para que pase el botón./ Culto negro.
3. Incapacidad, ineptitud.
4. Nodrizas./ Barro, fango.
5. Del ganado lanar.
6. Letra del alfabeto griego./ Mango./ Baile andaluz.
7. Autómata./ Torta hecha de miga de pan, huevos, canela y pasas.
8. Planta ornamental.
9. (George) Nombre usado por la escritora francesa Aurore Dupin./ Insula.
10. De la ética.
11. (Ana) Doctora rumana famosa por sus tratamientos rejuvenecedores./ Ninfa del monte Ida, amante de Paris.

VERTICALES

1. Hoja de papel en un proceso./ Alhaja, joya o cosa preciosa.
2. Sulfato de calcio hidratado y molido.
3. Ninfa de la mitología asturiana./ Acudían.
4. Que tiene tendencia a ilusionarse./ Forma ondas.
5. Poeta./ Torón.
6. Inflamación del oído./ Mancomunidad de Estados Independientes.
7. Hortaliza comestible./ Consonante.
8. Curva cerrada, simétrica y oblonga./ Acción de unirse dos personas o cosas.
9. Lazo apretado./ Composición poética de tono menor (pl.).
10. (Salvador) Pintor español.
11. Hierba silvestre./ Tejido muy fino.

Soluciones

Ortodoxo

F XILOFON Y
OJAL T VUDU
J NULIDAD Y
AYAS T LODO
E OVINO A
PSI ASA OLE
ROBOT BUDIN
E ANEMONA C
SAND E ISLA
E ETICO J
ASLAN ENONE

Escaleras

A. Polo, solo, sola, gola, golf. B. Joya, jota, rota, roto, rito, rico.

A. Reyes, rayes, rayos, ralos, malos, Magos. B. Pico, pica, mica, mima, cima.

A. Cante, conté, monte, monde, mondo jondo. B. Pink, pino, piso, pisa, posa rosa.

Buscadores de imposibles

Alido, 4, mamut, Asia.
Basilio, 6, unicornio, Africa.
Calixto, 5, fantasma, América.
Demián, 7, centauro, Oceanía.
Eugenio, 3, dragón, Europa.